

# EL P. ESCALADA Y LOS INICIOS DE LA EPIGRAFÍA ROMANA EN NAVARRA: SANTA CRIZ DE ESLAVA Y SU ENTORNO

Javier ANDREU PINTADO

*“Cerca de la fuente de los Moros (...), y un poco hacia el Este, hay un término con el nombre de Santacris (corrupción sin duda de Santacruz) (...) jurisdicción de la villa de Eslava. En tiempo de la denominación (sic) romana debió haber en este término grandes edificaciones y dado el conjunto del panorama, eminentemente bello, y la multitud de vestigios romanos, debió existir ahí una magnífica y grande Acrópolis. Multitud de fustes, de columnas, de capiteles y basas del mejor estilo dórico se ven por todas partes. La cerámica sigilata, los depósitos de conchas, las monedas ibéricas y romanas y sobre todo los grandes sillares, con decoraciones de jarrones de los que salen ora las palmeras o bien los pámpanos con sus racimos de la vid causan verdaderamente asombro”*

Escalada, F., *La Arqueología en la villa y castillo de Javier y sus contornos*, Pamplona, 1942, p. 122)

Desde el año 2017, en virtud del convenio de colaboración suscrito entre el Ayuntamiento de Eslava y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, **la ciudad romana de Santa Criz de Eslava** se ha convertido en uno de los enclaves arqueológicos más visitados de la Comunidad Foral con cerca de tres mil visitantes anuales sólo en el programa de visitas guiadas que ofrece el consistorio local, muchos más en las visitas autónomas lo que demuestra el atractivo monumental del lugar.

Al inicio de esas visitas guiadas solemos subrayar que la historia de la investigación en la ciudad roma-

na de Santa Criz –excavada por Rosa Armendáriz, Pilar Sáez y Txaro Mateo en la última década de los años noventa y en los primeros años del 2000– es un emotivo –y de justicia– homenaje a los pioneros de la Arqueología de época antigua en Navarra. Y es así porque por la todavía *ciuitas ignota* de Santa Criz –el nombre ptolemaico latino de *Nemanturissa* para la ciudad, con ser plausible, no puede resultar definitivo– se interesaron sucesivamente personalidades de la talla de Juan Castrillo, párroco de Sada entre 1912 y 1926 y correspondiente de la Comisión de Monumentos de Navarra –el órgano que velaba por la protección del patrimonio local en los primeros años 20 del siglo pasado– que fue quien dio la



Foto 1 El Padre Escalada en la Venta de Eslava, en los años 20 del siglo XX (Archivo Príncipe de Viana)

primera noticia científica sobre el lugar con el hallazgo de un miliario del emperador Maximino en 1917 (CIL XVII-1, 188); Luis Vázquez de Parga (1908-1994) y Blas Taracena (1895-1951) –pioneros ambos de la Arqueología en el norte peninsular– que excavaron en la parte alta del foro de la ciudad hacia 1947; y, algo antes, Francisco Escalada (1870-1946). Este jesuita burgalés afincado en el castillo de Javier entre 1916 y su muerte, en 1946 –en su deseo de incorporar atractivos patrimoniales al castillo natal de San Francisco Javier– está inseparablemente unido al origen de una de las más fascinantes colecciones arqueológicas –la del Museo Xaveriano, como él lo bautizó – de comienzos del siglo XX en Navarra y germen del Museo de Navarra tras la incorporación de los materiales de aquella colección, en 1947, a la primitiva sede del museo foral, en la Cámara de Comptos. Todavía hoy, en algunas de las piezas que se exponen en el Museo de Navarra, se reconocen los números en tinta negra correspondientes al inventario original del citado Museo Xaveriano, colocados por el propio Escalada.

A medida que, en estos últimos años, nos hemos detenido en el estudio de la ciudad romana de Santa Criz de Eslava, en el de su sensacional repertorio epigráfico –con el catálogo de inscripciones romanas más generoso del territorio navarro actual –, en el de su deslumbrante aparato escultórico y en el de su no menos fascinante colección de decoración arquitectónica, contra lo que pudiera parecer se ha ido incrementando nuestra veneración por estos auténticos pioneros que, en un momento en que la Arqueología –y la sensibilización por el patrimonio cultural en general y arqueológico en particular– estaban por hacer evidenciaron actitudes y comportamientos que, lejos del contexto general de la erudición propio de la investigación arqueológica de comienzos de siglo, anticiparon, en gran medida, algunos de los rasgos que hoy conforman la disciplina arqueológica con la modernidad de sus planteamientos, modernidad que, con el tiempo, ha mutado en perennidad. Quizás algo de contexto pueda ayudar al lector a hacerse cargo del estado de la investigación en la Arqueología y la Epigrafía hispanorromanas en aquellos años: en la primera década del siglo apenas existían unas pocas revistas de la especialidad y, sobre todo, la Academia de la Historia y las Comisiones Provinciales de Monumentos eran los órganos más dinámicos en materia de difusión y, también, de promo-



Foto 2 Pilastra con relieve procedente del entorno de Santa Criz de Eslava  
(Foto de José Luis Larrión para Gobierno de Navarra)

ción del patrimonio arqueológico y artístico. El exiguo grupo de eruditos e investigadores –muchos de ellos en contacto con los colegas franceses y alemanes– se apoyaba notablemente –en un sistema de intercambio epistolar que, en la era de internet, resulta sorprendente en su rudimentaria eficacia– en correspondientes que, en muchas ocasiones, eran autoridades eclesiásticas, locales o políticas de la España preindustrial. Francisco Escalada es un sensacional ejemplo de ese perfil. Desde el punto de vista de la Epigrafía Romana apenas hacía 20 años que acababa de ver la luz el *Cours d'Épigraphie Latine* de René Cagnat (1890), de la *Académie des Inscriptions* parisiñas – que Escalada, según sus notas, conocía y manejaba – y se estaban publicando algunos de los fascículos de la segunda hornada de volúmenes del *Corpus Inscriptionum Latinarum* auspiciado por la Academia

alemana de las Ciencias.

En este contexto de ciencias incipientes, la acción de Francisco Escalada en relación a Santa Criz de Eslava y a su entorno –a la Val de Aibar, hasta hace no mucho promocionada turísticamente como “las Tierras de Javier”– es, de hecho, un buen ejemplo del momento que vivían la Arqueología y la Epigrafía en nuestro país en una labor que –denostada a veces desde el otro lado de la frontera con las tierras de Aragón debido a la atención por él prestada a enclaves intensamente romanizados como Castiliscar, Los Bañales de Uncastillo o Cabezo Ladrero de Sofuentes con la consiguiente recogida de donativos de material epigráfico de dichos enclaves para su proyecto museológico javeriano–, sencillamente, constituyó –con herramientas muy modernas– la primera gran aproximación sistemática al poblamiento romano al pie de esa vía entre *Iacca* (Jaca, Huesca) y *Vareia* (Logroño, La Rioja), que Escalada, en el librito con una de cuyas citas abrimos estas líneas (p. 117) –publicado en 1942 pero, en realidad, fraguado durante décadas– denominó “*vía romana del Sudoeste*”, aproximación que, además, como veremos, tuvo un sesgo netamente epigráfico.

Gracias al sensacional trabajo publicado por David Maruri en 2006 y magistralmente editado por el Grupo Cultural Enrique II de Albret, y a tenor de la documentación que se custodia en el archivo de Javier, sabemos que Francisco Escalada, que había nacido en Pesquera de Ebro (Burgos) en abril de

1870, llegó a Javier cuando contaba cuarenta y cinco años de edad, en 1915 donde terminaría sus días en febrero de 1946, apenas nueve años después de que, en 1937, una diabetes le dejara prácticamente ciego. A tenor del inventario que él mismo elaboró para lo que él llamó “Museos Arqueológicos de Javier” –de los que se proclamaba justamente fundador en su delicioso opúsculo de 1942– su primera visita a Santa Criz no debe ser anterior a 1918. Quizás atraído por la publicación en 1917 del artículo sobre el miliario de Maximino por parte de Juan Castrillo, es en junio de ese año cuando anota por primera vez haber recogido un “cipo romano” de “La Encinosa (Eslava) (...) donado generosamente por el señor Clemente Bariáin”, lugar que, de hecho, consta que visitaría más tarde en el mes de octubre de 1920. Seguramente, en esa primera visita a La Encinosa debió recalcar también en Santa Criz de Eslava pues en septiembre de 1918 consta en su cuaderno la recogida de un “capitel romano” en un paraje, “Santa Criz”, donde, según escribe “hay muchos restos romanos: capiteles, fustes, sillares con parras y un bonito miliario llevado al museo de Pamplona”, probablemente el que, en el barranco de Pisaldea, no lejos del actual aparcamiento de visitantes de Santa Criz, había descubierto Juan Castrillo, y dado noticia de él en el *Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra* y de cuyo hallazgo se había hecho eco, en 1918, otro prohombre de la Arqueología y la Epigrafía romanas del momento, Fidel Fita (1835-1918). La inscripción votiva recogida en La Encinosa es, como anotaría el mismo Escalada, un altar a Júpiter (IRMN 22) que obra hoy en los almacenes del Servicio de Patrimonio Histórico del Gobierno de Navarra y que puede contemplarse en el Museo Virtual en que hemos estado trabajando estos últimos años para facilitar la difusión del patrimonio arqueológico de Santa Criz y al que – como a gran parte de los materiales epigráficos que se citarán en este artículo– puede accederse desde la página web oficial del yacimiento ([www.santacruzdeeslava.com](http://www.santacruzdeeslava.com)).

Al margen de la alusión a la riqueza en materiales en superficie en Santa Criz, esos valiosos inventarios nada dicen sobre el lugar al que sí dedicó varias páginas –no muchas comparativamente a la atención que, por los miliarios de Augusto y de Caracalla prestó a la zaragozana Castiliscar o al zaragozano Sofuentes– en su libro de 1942 del que había ido dando algunos avances en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* entre 1929 y ese año de 1942. Así, el artículo cuarto de la sección segunda de su libro lleva por título “Eslava (Pisaldea y Santacrís)” siguiendo, prácticamente, una forma de presentar el lugar que recuerda a las praefationes del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, el gran proyecto de recopilación de inscripciones romanas antes citado y que, acaso, habría conocido dada su correspondencia con la erudición de la época, con Manuel Gómez Moreno (1870-1970), con José Ramón Mélida (1856-1933) o con el propio Fita. El título alude al municipio, Eslava, pero, sobre todo, introduce el topónimo, Pisaldea, en que se había hallado por Castrillo el miliario antes citado, práctica bastante habitual entre los epigrafistas de la época: anteponer el lugar de hallazgo de material epigráfico a los datos geográficos

al uso en el momento o a cualquier otra noticia sobre la antigüedad del poblamiento de un lugar determinado. En dicho capítulo Escalada deja constancia de que, seguramente en 1918, cuando visitó Santa Criz por primera vez, había allí, sobre el barranco de Artamaleta, en el paraje de la “Fuente de los Moros (...) una fuente de construcción romana, como lo indica un arco de medio punto, muy bien conservado, bastante grande, dentro del cual se halla el manantial” (p. 119), estructura que, en cualquier caso, fuera o no romana, está hoy perdida. Siguiendo con la atención prestada a los espacios en que se habían producido hallazgos epigráficos, Escalada dedica atención a “La Encinosa (...) un corral (donde) se ven restos de inscripciones latinas en las paredes” (p. 121). El hallazgo en el lugar, en junio de 1918, de un altarcito dedicado a Júpiter le llevó, de hecho, a concluir (p. 122) que hubo allí “un templo en honor de la primera deidad del estado romano” cosa que, lógicamente, no puede probarse pese a que él aludiera a la pervivencia del culto en la iglesia románica cuyas hermosas ruinas pueden aun verse hoy, envueltas por la maleza, en el paraje de La Encinosa o La Venta de Eslava ya sin las inscripciones, donadas por Bariáin al jesuita de Javier que centra estas líneas.

Al referirse a Santa Criz, algo más adelante (p. 122) su breve pero detallada descripción permite aventurar que, acaso, Escalada llegó a ver a la luz –antes de terminar de cubrirse– parte del sensacional derrumbe del criptopórtico de la ciudad –no en vano habla de “columnas, capiteles y basas del mejor estilo dórico”– o, al menos a intuirlo en sus coronamientos, y ello nos ayuda también a confirmar que algunas de las monumentales pilastras decoradas con motivos figurados vegetales –“grandes sillares con deco-



Foto 3 Altar a Júpiter procedente de El Solano de Aibar (Foto de Pablo Serrano Basterra)

raciones de jarrones de los que salen ora las palmeras o bien los pámpanos con sus racimos de vid”, y que más tarde José M<sup>a</sup> Blázquez (1926-2016) inventariaría como parte del monumento funerario de Los Casquilletes de San Juan en Gallipienzo –a los que también atendió el librito de Escalada (p. 123)– procederían del entorno de Santa Criz entrando uno en el museo, “un sillar con uvas de templo romano”, en septiembre de 1930, también fruto de una donación de Clemente Bariáin. Precisamente, en la indicación de la posición de este lugar de Los Casquilletes, Escalada anota con todo rigor, y para que el lector contextualizara el monumento, que éste debió estar al pie de la “vía romana que se dirigía al llano de Aibar para unirse a la imperial Zaragoza-Pamplona en la villa de Rocaforte” (p. 124).

Su fijación por las inscripciones en tanto que documentos históricos de primer orden, su precisión en las descripciones, su interés por la contextualización de los monumentos epigráficos –que, aparentemente, junto con las monedas, a las que dedica un sensacional y completo anejo en la sección cuarta, la más extensa, de su libro– y su deseo siempre de visualizar el papel de las inscripciones y de cualquier vestigio en la propia topografía antigua no las aplicó sólo a Santa Criz sino a un radio de acción que, incluso, superó las propias “Tierras de Javier”. Prácticamente, siguiendo los capítulos de la sección segunda de su libro podemos hacer un recorrido sobre vestigios de la intensa presencia romana en la zona muchos de los cuales todavía pueden visitarse gracias a que fuera él quien alertara sobre su valor. Así, por orden, Escalada lee, transcribe y explica inscripciones fundamentales para entender hoy la huella romana al pie de la *lacca-Vareia*. Además del altar a Júpiter y de la inscripción funeraria de los Cornelios y los Valerios (IRMN 40) procedentes de La Venta –

y de (p. 122) “un ara votiva que, a pesar de las diligencias hechas, no se ha logrado dar todavía con ella” (¿acaso el altar al *deus magnus Peremusta* que fue llevado de El Soto de Eslava a casa de la familia Bariáin, donde aún hoy se conserva?)–, gracias a Escalada tuvimos la primera noticia de un miliario de Nerva (CIL XVII-1, 187) hallado en Gallipienzo (p. 123), de la sensacional ara a Júpiter –“la gran ara votiva de Aibar”, como él la bautizó (p. 126)– ofrendada por un Sempronio Gémino y hallada en “el término de El Solano, en Aibar” (IRMN 17), de donde, según el inventario del propio Escalada, fue llevada a Javier el septiembre de 1927. Por él tenemos también la primera noticia de dos piezas (IRMN 59 y 29) con inscripción funeraria halladas en Rocaforte (pp. 90-91) y disponemos de notables detalles de la hermosa inscripción de los Cornelii del puente de Sangüesa (CIL II, 2965), sobre el río Aragón (pp. 94-95) ésta última no editada por él por primera vez –pues aparecía ya en el *Corpus Inscriptionum Latinarum*– pero si perfectamente contextualizada e interpretada en una autopsia, con dimensiones y lectura de caracteres y descripción material, ciertamente sensacional. Todo ello sin contar con otras piezas que procedentes de Barbarin o de Lerate (Navarra), de Castiliscar o de Sofuentes (Zaragoza) o incluso de Grávalos (La Rioja) formaron parte de la preocupación de este pionero arqueólogo y coleccionista que tanto hizo por el estudio, conservación y difusión de un patrimonio romano entonces prácticamente desconocido. Urge, sin duda, recordarle cada vez que queramos seguir haciendo del patrimonio arqueológico de la zona un sensacional –pues puede serlo– motor de desarrollo territorial. **PREGON**

*El autor es Director del Diploma de Arqueología  
Universidad de Navarra*



*Foto 4 Vista reciente del yacimiento de Santa Criz en Eslava (Navarra).  
(Foto de Javier I. Igal Abendaño)*